

Sepultados durante 150 años

El que esto escribe ofreció, en crónica anterior, publicar en este espacio uno de los capítulos de su libro acerca de la misteriosa vida del que fuera el primer presidente de México. En la referida obra se revela lo descubierto tras años de investigaciones sobre sucesos que se dieron al comenzar el siglo XIX y lo que sucedió en los años siguientes hasta llegar a los días actuales.



ALFONSO DIEZ GARCÍA
CRONISTA DE TLAPACOYAN

alfonso@codigodiez.mx

Victoria, María Antonia Bretón, los Sesma, los Martínez de la Torre, los Victoria, los Ávila Camacho nos abre los ojos a sucesos históricos que permanecían ocultos.

Esto se explica porque una parte de los documentos descubiertos habían permanecido escondidos durante 150 años.

El que sigue es uno de los que tocan fibras sensibles y nos proporcionan información acerca de cómo era la vida en Tlapacoyan en los primeros años del siglo XX.

Tres días de viaje para ver a Caruso

La noticia era para él como una bomba: Enrico Caruso, el gran tenor, vendría a México a cantar representando varias óperas el siguiente 29 de septiembre, en ese mismo año de 1919; faltaban dos meses y Carlos Diez Bello vivía en Tlapacoyan, que aunque estaba a 300 kilómetros de la Ciudad de México, donde se efectuarían las representaciones, la falta de caminos y transportes rápidos lo ponían en el dilema de emplear tres días para llegar a la capital del país a ver el espectáculo de su cantante favorito, o perderse una oportunidad que tal vez nunca más se le presentaría. La decisión estaba tomada, prepararía todo para irse a ver al cantante.

Su esposa era Virginia Cano Libreros. El 28 de julio de 1919 acababa de nacer su segundo hijo, Alfonso; el primero, Carlos, tenía dos años de edad y por la forma en que se presentaban las cosas parecía que el nuevo vástago traía un regalo inesperado, pero deseado.

Carlos Diez Bello era el quinto de siete hijos del matrimonio formado por Juan Bautista Diez Martínez Gil y Herlinda Bello Mangas; tenía 33 años de edad y aunque su mamá había fallecido dos años antes, dejó la hacienda de El Jobo bien encaminada para que sus hijos pudieran vivir holgadamente el resto de sus días.

Así que la vida de Carlos en ese momento estaba centrada en atender a su esposa y a sus dos hijos, en las labores propias de El Jobo y en su trabajo como Ingeniero Topógrafo, que le permitía recorrer otros ranchos para tomar las medidas correspondientes con su teodolito, con las que elaboraba los planos que le encargaban.

Le gustaba mucho cantar, tenía una colección de discos y cuadernos, libros y postales con las letras de sus canciones favoritas. Julio Rolón, su amigo y colaborador en tareas del rancho, era también un tenor que había tomado clases de canto en la Scala, de Milán, becado por el presidente Porfirio Díaz y le daba clases a su vez al ingeniero.

Una semana antes del 29 de septiembre, Carlos montó su caballo muy temprano, acompañado por su amigo Vicente Llaguno y emprendió camino rumbo a Teziutlán. Cabalgó treinta kilómetros de brechas, que ahora se recorren por carretera en poco más de media hora y llegó al anochecer. Se hospedó en el Hotel Central, porque ya la casa familiar de

esa población no le pertenecía. Esta última estaba ubicada en el número 3 de la 9ª. calle de la Avenida Central Hidalgo. Era una casa tan grande que su tamaño abarcaba toda una manzana del centro de la ciudad. Fue vendida a Tirso Agüeros y ahora es un magnífico hotel.

Así que Carlos compró dos boletos, para él y su amigo, en la estación de trenes y al siguiente día, también muy temprano, abordaron el Ferrocarril Pullman a Puebla. El tren ofrecía un servicio de primera que con el tiempo fue desapareciendo; era la época en que lo atendían empleados negros uniformados con saco blanco y la gorra correspondiente, pantalón oscuro. Por la noche, ya en Puebla, se hospedaron en el Hotel Mag Loire (que después parece ser que se llamó América), frente al parque central de la ciudad. Al siguiente día, el tercero de su viaje, tomó otro tren para la capital de la República, porque no había otra manera de viajar, tenía forzosamente que transbordar.

Ya en el Distrito federal se hospedaron en uno de los hoteles del centro de la ciudad y a la mañana siguiente, después de un buen desayuno, se fueron a conseguir boletos para ver al tenor. Costó 30 pesos cada uno, con asientos en luneta.

Caruso estuvo un mes en México, con temporadas en el Teatro Iris y en la Plaza de Toros El Toreo. Llegó sin su esposa, Dorothy Park Benjamin, con la que se había casado un año antes. Su primera representación fue en el Teatro Iris, tal como se había anunciado, el 29 de septiembre de 1919, con la ópera Elixir de amor, de Gaetano Donizetti, haciendo el papel de Nemorino. Lo acompañaban Adda Navarrete, como Adina; David Silva, padre del famoso actor de cine mexicano, como Belcore; y Ramón Blanchart, como Dulcamara. El director era Gennaro Papi.

El 2 de octubre cantó de nuevo en el Iris, la ópera Baile de Máscaras, de Giuseppe Verdi, que volvería a cantar en la plaza de toros. La soprano que lo acompañaba era Gabriella Besanzoni. Luego intervino en Carmen, de Bizet, en la misma plaza.

Durante su estancia en México, Caruso recibió varios agasajos, uno de ellos en Xochimilco, donde le dieron a tomar pulque, en un restaurante que se llamaba Xochimilco Inn.

Las siguientes intervenciones del famoso tenor, en el Iris y/o en El Toreo, incluyeron las óperas Sansón y Dalila, Martha; Paggiacci, acompañada por la soprano María Teresa Santillán; Aida, en la que cantó junto a la soprano María Luisa Escobar, el 26 de octubre; y finalmente, Manon Lescaut, de Puccini, el 30 de octubre de 1919.

El tenor regresó a Estados Unidos, donde llevaba 15 años cantando en el Metropolitan Opera House de Nueva York y lo hizo dos más, para establecer una marca insuperable de 17 años en tal escenario. Dos años después de su presentación en México volvió a su tierra, Italia, enfermo, y murió el 2 de agosto de 1921, a los 48 años de edad, de pleuresía complicada con una peritonitis ocasionada por un absceso que reventó. Fue sepultado en Nápoles. Mario Lanza interpretó el papel del cantante en la película El Gran Caruso, con Ann Blyth como su esposa, en 1951.

Carlos Diez regresó a Tlapacoyan tras haber permanecido varios días en la Ciudad de México, que le permitieron ver y escuchar a Caruso representando el papel del tenor principal en diferentes óperas. Empleó otros tres días en el viaje de vuelta. Tuvo cinco hijos más. Alejandro, el tercero de ellos, nació el 30 de octubre de 1921 (el mismo día que Caruso cantó por última vez en México, aunque dos años después). Casi tres meses antes había muerto el tenor.

El hijo mayor de Carlos Diez Bello, Carlos Diez Cano, fue presidente de Tlapacoyan, de 1961 a 1964; su hermano, Fernando Diez Bello y su sobrino, Raúl Cabañas Diez, ocuparon el mismo cargo en otros periodos.

La casa donde estaba el último hogar del que hizo el viaje de tres días para ver a Caruso quedaba en el número 203 de la calle de Ferrer y hasta hace poco fue la sede del Museo de Tlapacoyan.

Carlos Diez Bello murió el 12 de marzo de 1943, a los 57 años de edad y poco menos de tres años de que naciera su primer nieto, el autor de estas líneas.

El INAH tiene que investigar

¿Cómo era entonces Tlapacoyan? ¿Cómo era en los siglos anteriores, cómo fue durante el siglo XX y cómo es en la actualidad esa población que fue la última morada del ex primer presidente?

A una altura de 430 metros sobre el nivel del mar, al pie de la montaña que baja de Teziutlán y por lo mismo al comenzar esa planicie de 60 kilómetros que termina en lo que ahora conocemos como Costa Esmeralda, esta ciudad ha sufrido embates como las nueve batallas que culminaron con la pérdida de éste que era un enclave republicano y que se conoce como La Batalla de Tlapacoyan, que enfrentó a un puñado de valientes contra los invasores austriacos en 1865. También tuvo su época de grandeza. Del pasado prehispánico apenas se han descubierto los cimosos y se avizora un centro de población insospechado, que sólo a medida que avancen las exploraciones se conocerá en toda su magnitud.

Algunos sucesos han sido como puntos de inflexión en las historias que han marcado a Tlapacoyan. El relatado, acerca de aquél que viajó durante tres días para poder ver a Caruso, el caso del fin del rebelde, el de la visita del

religioso, y el de la tlapacoyense que destacó a nivel internacional son algunos de los relatos que no podemos soslayar, como el granito de arena en una inmensa playa que apenas nos permite vislumbrar el color y la consistencia de la misma para poder voltear la mirada a las olas que la golpean, o como el pequeño árbol, en un enorme bosque, que nos muestra de qué madera está hecho. Los veremos en crónicas futuras.

Algo tiene Tlapacoyan que atrapa a aquél que camina por sus calles. Tiene ángel, tiene magia, un pasado maravilloso que esconde un misterio todavía no develado, aunque muchos hemos comenzado a encontrar la punta de la madeja. Suena excesivo y no lo es. Más pronto que tarde, los futuros descubrimientos me darán la razón.

La ciudad ofrece muchos atractivos y aunque el más conocido sea el de Filobobos, por los "rápidos" que visitan turistas nacionales y extranjeros, cuenta con una zona arqueológica cercana a estos que dará de qué hablar cuando el INAH envíe los investigadores necesarios. No podemos dejar de señalar este último punto (A. Diez G.)



En 1920, la calle principal de Tlapacoyan (Héroes) se llamaba Alatorre y aquí se observa cómo se hacía el empedrado de la misma a mano.



Vista aérea en los albores del siglo XX.



Cómo ha cambiado la vista aérea.



Hace años, la estatua de Manuel A. Ferrer estuvo en la Plaza de Armas.